



¿QUÉ HA PASADO CON EL HOMBRE? DE LA CRISIS DE LA ANTROPOLOGÍA A LA POSMODERNIDAD.

1. Antropología y modernidad.

En la Edad Media el hombre era la cúspide de la creación material, ontológicamente por encima de él sólo estaban los ángeles (espíritus puros creados). En el orden sobrenatural el hombre era el ser con la mayor dignidad: creado a imagen y semejanza de Dios y destinado a ser hijo de Dios mismo. La raíz última de su grandeza era por tanto sobrenatural. Si se puede hablar de humanismo cristiano, éste será siempre un humanismo teológico, dónde la raíz de la grandeza del hombre es su filiación divina.

Sin embargo, el Renacimiento pone en juego un humanismo no siempre cristiano. Un humanismo en el que *“a semejanza de Dios el hombre quiere estar en todas partes; mide la tierra y el cielo y escruta las oscuras profundidades del Tártaro. No le parece ni demasiado alto el cielo ni demasiado profundo el centro de la tierra...; no le es suficiente ningún confín”* (Marsilio Ficino). Un humanismo que representa una determinada recuperación de la cultura clásica que conduce hacia un naturalismo, un epicureísmo e incluso un escepticismo. Desde el punto de vista teológico el Renacimiento aporta una novedad no sólo entre los autores más alejados de la tradición cristiana. La novedad es hablar de la naturaleza humana por sí misma, independientemente de su vocación sobrenatural, aunque sólo sea por hipótesis. De tal manera que se puede empezar a hablar del hombre *est si Deus non daretur*.

Pero en la misma época renacentista, época de exaltación del hombre, comienza lo que Freud, siglos después, llamará *“las grandes ofensas al humanismo”*. La primera puede parecer anecdótica: el giro copernicano.

La primera ofensa, la ofensa cosmológica: El canónigo Copérnico, llevado por el interés de calcular mejor las fiestas móviles católicas y sostenido por el purismo de la cosmología platónica, sostiene que la Tierra ya no es el centro del universo. Comienza por lo tanto la Modernidad con una paradoja: la exaltación

de lo humano desligada de Dios y, a la vez, un desplazamiento cosmológico del mismo hombre, rey de la selva del planeta tierra.

Segunda gran ofensa, la ofensa biológica: Siglos después, en el siglo XIX, Darwin, recién extinguidas las luces paroxísticas de la Ilustración y coleteando las de la Razón omnipotente del idealismo hegeliano, nos dice que *“el hombre no es nada distinto del animal ni algo mejor que él; procede de la escala zoológica y está próximamente emparentado a unas especies, y más lejanamente, a otras”*. La teoría de la evolución, presentada en *El origen del las especies* (1859), no sólo naturaliza al hombre, sino que al hacerle surgir de especies inferiores muestra su parentesco no tan honorable y, por lo tanto, comienza a rebajar la alta concepción que el ser humano había alcanzado. ¿Cómo realizar la libertad, igualdad y fraternidad si a penas hace “cuatro días” éramos monos? ¿Acaso no lo seguiremos siendo?

Tercera gran ofensa, la ofensa psicológica: A Darwin le sigue Freud, en la estela de Nietzsche (*El sujeto como pluralidad*), a caballo entre el siglo XIX y el XX, dispuesto a mostrar la bestia que hay dentro de cada uno de nosotros, el resto reptiliano de la época de los dinosaurios. El psicoanálisis con el descubrimiento del inconsciente y la tensión yo–ello–superyo nos anuncia que *“el yo no es amo y señor de su propia casa”*, más bien el ser humano es como el endemoniado de Gerasa que tenía una legión dentro.

Cuarta ofensa, la ofensa sociológica: Esta clasificación que hace el mismo Freud de las grandes ofensas contra el humanismo, deja a un lado el impacto sibilino de Marx, que realmente es una cuarta ofensa. Frente al hombre de conciencia puramente individual y racional (el sujeto burgués), Marx afirma que *“el modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política e intelectual en general. No es la conciencia de los hombres la que determina la realidad, sino al contrario la realidad social la que determina la conciencia”*. Es decir, que nuestra conciencia no es nuestra, está manipulada por una ideología que en último término depende de las condiciones sociales y económicas que hemos padecido.

De este modo nos situamos a las puertas del siglo XX dando la razón a Nietzsche –una vez más– en su diagnóstico: contrariamente a lo que parece, *“desde Copérnico el hombre rueda desde el centro hacia la x”*, es decir, el hombre camina hacia cualquier parte¹.

¹ Si bien es cierto que este juicio puede ser aplicado a la consideración filosófica del hombre, no desde una perspectiva científica, por ejemplo, no está tan claro. *“Creatividad, imaginación, argumentación e interpretación son única y profundamente atributos humanos, notables por su poder para forjar nuevos conocimientos del mundo. La extraordinaria realización que llamamos ciencias dan testimonio de este poder y levanta la mente humana a un plano elevado, independientemente de si esa mente reside en el centro del universo o evoluciona desde simples formas de vida. Los supuestos «destronamientos» de la humanidad adquieren un tono diferente cuando se ven con estas luces. La*

La modernidad ha concluido como empezó: paradójicamente, si no en una pura contracción. Afirma G. Amengual: *“si comparamos el hombre moderno, e incluso el renacentista, con el medieval, podemos decir que éste se encuentra en el centro del mundo, como la cosa más obvia del mundo. Como imagen de Dios [el hombre medieval] se sabe, a causa de su determinación divina, el centro del universo, y se siente en estado de tranquila posesión. En cambio, el alejamiento del centro, “desde el centro hacia x”, tiene como consecuencia que el hombre necesita afirmarse como centro. Y a la larga esta necesidad de autoafirmación, por muy prometeica que fuere, había de llegar a mostrar su debilidad: más que una realidad se llega a mostrar como un deseo o como una ilusión”*².

Podemos usar aquí el dicho popular: “dime de qué presumes y te diré de qué careces”. La filosofía moderna se empeña en exaltar cada vez más al hombre, porque precisamente intuye que ahora le falta la raíz de esa exaltación. Esto es muy barroco: estamos en un momento de crisis y lo rellenamos todo de decoración para que no se note nuestra pobreza.

Por otra parte, la filosofía moderna ha sido la del hombre entendido principalmente como sujeto: es decir, el hombre es aquel ser capaz de dominar lo real, en el conocimiento (ciencia), en la acción (industrialización–técnica), en la política (estado totalitario)... y convertir el resto de realidades en objeto. Un sujeto que con su razón era prácticamente omnipotente.

Descartes creyó que podía dudar de todo y a que a partir de la certeza de su propio pensamiento (pienso, luego existo) fundaría de nuevo toda la ciencia. La Ilustración y la sociología francesa e inglesa del XIX se propusieron crear con la razón y el uso de la ciencia–técnica un mundo nuevo, libre, fraterno e igualitario. Laplace creyó que era posible poseer todos los datos (posición, trayectoria, velocidad, masa...) de todas las partículas para después predecir lo que va a pasar en el futuro. El marxismo apoyado en la ciencia económica y la revolución social iba a traer un paraíso a esta tierra

El hombre moderno como sujeto es:

- . primariamente razón y razón fría, científica, calculadora... con lo que parece como si el resto facultades y fenómenos psíquicos (intuición, imaginación, pasiones, sensibilidad...) no fuesen razón o no pudiesen entrar en juego con ella.
- . autotrasparencia, parece que puede o debe conocerse a sí mismo y mesurarse y ordenarse a sí mismo sin restricciones.
- . mónada: un todo cerrado sobre sí mismo y autosuficiente, un individuo.

revolución copernicana, para pempezar, inauguró la ciencia moderan como una empresa autosostenida y es vista normalmente como un triunfo de la razón humana. Y la revolución darwinista es apenas la primera indicación de que somos animales” (K. GIBERSON Y M. ARTIGAS, *Oráculos de la ciencia* (Madrid 2012) 117–118).

² G. AMENGUAL, *Modernidad y crisis del sujeto* (Madrid 1998) 40–41.

-. por último, alma, espíritu desencarnado: la *res cogitans*, que poco menos usa el cuerpo (*res extensa*) como una máquina.

Esta manera de pensar al hombre vulgarizada y recibida en la espiritualidad cristiana, y después explicada junto a la fe como mediación antropológica es muy deficiente y se derrumba. Y a lo mejor, en parte, está bien que se derrumbe, porque el sujeto moderno no es el hombre o la persona humana de la tradición filosófico-teológica cristiana. El problema es que al derrumbarse la idea moderna de hombre como sujeto, no se ha salido de la crisis humanista, sino que se ha empeorado.

2. Crisis del sujeto.

El derrumbamiento de la antropología moderna, “crisis del sujeto” o crítica del humanismo/antropocentrismo ha tenido lugar en el siglo XX, apadrinada por los tres maestros de la sospecha: Marx, Nietzsche y Freud. Se ha desarrollado principalmente en los estudios de lingüística y en la corriente estructuralista ya sea en torno al marxismo o a la antropología cultural.

“La reducción del sujeto o de la función de la subjetividad (acción, fundamentación, constitución, donación de sentido y significado, etc.) a puros procesos anónimos es de alguna manera la quintaesencia y el denominador común de la destrucción del humanismo... Toda crítica al humanismo, sobre todo en el sentido más radical como destrucción del sujeto, desemboca en la reducción de la supuesta subjetividad del sujeto a sistemas o procesos naturales (genes), instintuales (libido), sociales (historia/sociedad), lingüísticos, pero en todo caso estructuras impersonales, objetivas, que funcionan según su propia dinámica y regularidad”³.

La crisis del sujeto y la crítica antihumanista han transitado ahondando “las grandes ofensas” que el hombre ha recibido al final de la Modernidad.

El punto de partida: la lingüística. Los estudios lingüísticos se fijan en el dato de que la lengua (el sistema de signos que tenemos a nuestra disposición) condiciona el habla y por ello terminan afirmando que quien habla no es mi “yo”, sino un “ello”, que hay en mí: la estructura lingüística, ideológica, social, instintual... que yo he heredado o adquirido y que me permite hablar o no de la realidad y de un determinado modo.

La antropología estructuralista. Los grandes valedores de la antropología estructuralista (Lévi-Strauss, Foucault y Althusser) parten de una reducción epistemológica: sólo un tipo de realidad y de verdad, sólo existe el conocimiento estrictamente empírico, el de las ciencias naturales. Conocimiento de datos, no de interpretaciones o intenciones. Para ellos lo que se llama ciencias “humanas” no son ciencias, son una creación reciente que ha hecho emerger un ser que realmente no existe: el ser humano como distinto del resto, como algo más que

³ *Ibidem*, 52.

un objeto⁴. Así es preciso reducir la cultura en naturaleza, la antropología en biología, la historia en física de los sólidos y la psicología en química de los procesos hormonales inconscientes.

Para Lévi–Strauss hay que disolver la idea de hombre, reintegrarlo en la naturaleza y reducir su vida al conjunto de sus condiciones fisicoquímicas. Frente a la conciencia, la clave secreta del hombre es el inconsciente y este ya no es personal, sino natural y anónimo.

Desde el punto de vista de la biología: la reducción animalista. Desde la bacteria al hombre la maquinaria química es la misma, tanto en su estructura como en su funcionamiento. Por lo tanto, la ciencia que debe tratar del fenómeno humano es la bioquímica (Monod). Más aún, los simios superiores son capaces de mostrar una sociabilidad y comunicabilidad, incluso, una autoconciencia y un comportamiento simbólico y ritual similar al humano, aunque menos desarrollado (“la revelación etológica” de Morín), tal comportamiento está ya prefijado por la genética (Wilson). Incluso la ética tiene una naturaleza biológica (R. Dawkins, *El gen egoísta. Las bases biológicas de nuestra conducta*, 1976).

No obstante todo lo dicho, esta crítica al sujeto moderno, tiene su aporte positivo:

“La crítica al humanismo consiste en afirmar el descentramiento del hombre, del sujeto. Lo que se creían el sujeto autónomo y autotransparente, autárquico y dominante, origen y fundamento del todo valor y significación, resulta no ser más que un resultado de otro, de la exterioridad y alteridad; personas y circunstancias/estructuras. Esta creencia se traduce también en un comportamiento. De hecho las realizaciones práctica del humanismo son el individualismo y el contractualismo burgués, el liberalismo como forma política y el capitalismo como forma socio–económica, y tantas manifestaciones de la subjetividad desmesurada, “señora y maestra de la naturaleza”, que van desde la explotación incontrolada de la naturaleza hasta la explotación sistemática del tercer mundo, sin olvidar las actitudes personales de hybris, que se expresan en tantas formas de chantaje y terrorismo, en tantas ostentaciones de poder, sin más referencia que el “yo quiero”. Esta crítica se ha de considerar una gran aportación del antihumanismo, entendido como una acertada crítica o deconstrucción del humanismo, precisamente porque “no es suficientemente humano””⁵.

⁴ “La muerte del hombre aquí mentada no se refiere al “ser en sí” del individuo humano, sino a su capacidad para instituirse en el elemento central de un sistema signficante, en pieza clave de la actual episteme: esto es lo que se niega y en este sentido e habla de la inexistencia del sujeto o de la desaparición del hombre en el universo del discurso contemporáneo. Pero aun así, el lector se pregunta perplejo si es cierto que “el hombre es un intento reciente”; si no se da una concepción del sujeto humano, de la persona, hasta el siglo XIX; si por tanto, de la Biblia a Pascal no hay una reflexión antropológica propiamente dicha” (J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Las nuevas antropologías* (Santander 1983) 46).

⁵ AMENGUAL, 69.

3. Posmodernidad.

Dios había quedado atrás después de la reflexión del siglo XIX. Ahora el hombre ha empezado a ser abolido. Ya no puede ser, como en el humanismo, el centro de todas las cosas desde el que las cosas cobran su significado, porque es una cosa más. En este sentido se habla de la “muerte del hombre”.

Foucault ha afirmado: *“A todos aquellos que quieren hablar aún del hombre, de su reino o de su liberación, a todos aquellos que plantean aún preguntas sobre lo que es el hombre en su esencia, a todos aquellos que en cambio conducen de nuevo todo el conocimiento a las verdades del hombre mismo, a todos aquellos que no quieren formalizar sin antropoligizar, que no quieren mitologizar sin desmitificar, que no quieren pensar sin pensar también que es el hombre el que piensa, a todas estas formas de reflexión torpes y desviadas no se puede oponer otra cosa que una sonrisa filosófica. [...] El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin”*⁶.

¿Qué tipo de filosofía es la que se presenta como alternativa después de la crisis de la modernidad, especialmente, del marxismo? Es una filosofía en la que ya no encontraremos ni unidad ni grandeza, sino todo lo contrario, un conjunto de tendencias que tienen en común haber abandonado el mito humanista del progreso humano, en el que sería posible reconciliar el ser y el deber ser, la naturaleza y la historia, la identidad y la diversidad, y fundar así una sociedad liberada, justa, humana. Una filosofía para la que toda la realidad es poliédrica y polimorfa, variación y relatividad. Donde el ser es múltiple y nada es idéntico a sí mismo. Ni siquiera el mismo sujeto: *“Más de uno, como yo sin duda, escriben para perder el rostro. No me pregunten quién soy, ni me pidan que siga siendo el mismo: es una moral de estado civil la que rige nuestra documentación. Que nos deje en paz cuando se trata de escribir”*⁷.

Cuanto menos una filosofía así es doblemente inquietante, porque nos deja sin el terreno común que hasta ahora existía entre el cristianismo y las otras corrientes de pensamiento, aún las más ateas: el hombre mismo.

Aún a riesgo de ser injustos y de objetivar esta corriente filosófica vamos a intentar explicar sistemáticamente algunos de los postulados y consecuencias de la filosofía posmoderna en la que se encuadran nombres como: Foucault, Derrida, Deleuze, Lyotard, Vattimo o, incluso, Lipovetsky.

El pensamiento débil. La posmodernidad acusa al pensamiento fuerte, metafísico, de que hasta ahora ha sido indiferente a lo individual, lo inmediato, lo contingente y lo caduco. Se ha centrado en lo general, lo trascendente, lo necesario y lo perenne. Su arma ha sido la verdad, entendida como adecuación entre la realidad y el juicio, pero la verdad se ha mostrado como una forma de “voluntad de poder”, un instrumento de dominio del otro. El ser no es ese peso

⁶ M. FOUCAULT, *Las palabras y las cosas* (Madrid 1988) 333–375.

⁷ M. FOUCAULT, *La arqueología del saber* (Madrid 1997) 29.

verdadero detrás de las diferencias aparentes, sino que simplemente aparece, sucede, cambia, se interpreta. El ser se dice de muchas maneras. Por lo tanto, es inútil buscar el Fundamento y los fundamentos de la realidad.

Desde este relativismo, el nuevo camino para entender la verdad es hacerlo como libertad. Lo esencial de lo verdadero se manifiesta en ser un resultado de determinados procedimientos: se busca como punto de fuga en el diálogo y el consenso.

No hay ningún ser detrás del hacer. El sujeto construye la realidad –y su misma realidad como persona– mediante los actos que ejecuta, que interpreta, y a la vez no tiene una existencia previa a dichas acciones que lo conforman. A esto se le llama performatividad: una repetición de actos que naturalizan una conducta y una forma de ser, hasta hacer pensar que se es lo que los actos hacen.

Si nada es y nada permanece, si no existe un sujeto, sino una máscara detrás de otra... el sentido no precede al hombre, sino que es el resultado de la vida. Mi punto de partida es la posición arbitraria en la que me ha tocado vivir y que yo mismo realizo en una variante. Precisamente esta variación, nunca idéntica, permite que pueda romper con ella y vaya construyendo mi propia imagen.

Se esfuma la ética o cae presa del emotivismo. Por una parte, para quienes apuestan por el tratamiento exclusivamente científico del fenómeno humano o quienes reducen el sujeto a *performance*, no tiene sentido plantearse la cuestión de la conciencia, la libertad, la responsabilidad... el bien o el mal. La ética en todo caso se reducirá a una ética política, de mínimos (A. Cortina), que pueda asegurar la convivencia, pero que ya no se entiende como la búsqueda de la excelencia humana a través de la virtud.

Aquellos, por otra parte, que asumen la desaparición de toda naturaleza o valor vinculante afirman una “ética indolora” (Lipovetsky), hedonista y emotivista: “Las gentes ya no queremos obrar porque así lo exigen deberes incondicionados, sino porque nos apetece hacerlo en un sentido u otro; ya no nos interesa contar con personas que tienen buena voluntad, sino con las que producen buenos resultados; y, desde luego, no queremos ni oír hablar del complejo de culpa”⁸. Tal ética genera y se reproduce en su ambiente natural: la sociedad de bienestar y del consumo.

El individualismo y los microrelatos. El individualismo es el código genético de nuestro mundo actual. Los individuos se retiran a sus domicilios. Se ha producido una auténtica crisis de la militancia comunitaria. En todo caso se da lo que se llama “egoísmo asociativo” o “individualismo responsable”.

La posmodernidad apuesta por las ideologías minoritarias. Los pequeños relatos si pueden resultar creíbles (Lyotard). Ésta es quizá la única forma que tengamos de luchar contra el sistema de dominación: las guerrillas o los

⁸ En *ABC Cultural*, 3/2/1995.

terroristas frente al ejército, las reivindicaciones ecologistas y naturalistas, los derechos de las personas con distinta orientación sexual, los etnicismos más rebuscados, salvemos el parque del barrio... son las pequeñas reivindicaciones de pequeños colectivos llamadas a colonizar la sociedad.

Adiós al mito del progreso y fin de la historia. La posmodernidad ha destacado hasta la saciedad la ambivalencia de la modernidad: buscando realizar los valores de la Revolución francesa (igualdad, libertad y fraternidad), ésta ha inducido a tantos crímenes como el resto de las ideologías pasadas (dominación, colonialismo, cámaras de gas, gulag, bomba atómica, apartheid...). No es una cuestión de ajustes en el ideario social, sino connatural: es imposible apostar por un valor y que no surjan desajustes sociales y personales, por eso el progreso es un mito. Todas las sociedades y todas las personas son variaciones de lo mismo. La meta de la humanidad es un espejismo dibujado por las ideologías. La historia no tiene dirección y mucho menos es irreversible. La única forma de pensar la historia es proclamar el fin de la historia.

“Cuando la negación de Dios se acompaña de la negación del hombre, imagen de Dios, lo que de ahí resulta es una especie de ateísmo reduplicativo al que la fe cristiana no puede tender ningún puente. Convendría indagar si el verdadero ateísmo no es exclusivamente ese ateísmo a la segunda potencia de los antihumanismos; si el hombre no será como escribe hermosamente Zubiri, “una manera finita de ser Dios” y, si por tanto, si un antropología humanista no será, a fin de cuentas, una forma de teísmo tácito, eventualmente embozado de ateísmo expreso; si el ateísmo auténtico no le será tan imposible a un humanismo coherente como el teísmo lo es al antihumanismo”⁹.

“Reléanse los textos de Foucault... ¿qué clase de ética cabría plantear sobre la base de tales declaraciones? Como se ve, el contencioso humanismo–antihumanismo no se inscribe en el universo de las cuestiones exquisitas y exclusivamente especulativas. Muy al contrario, en cada una de estas dos opciones está en juego, de manera nada inocente, la legitimación de dos formas de praxis política, social y ética diametralmente opuestas”¹⁰.

CARLOS DÍAZ, *Nihilismo y estética. Filosofía de fin de milenio* (Madrid 1987).

CARLOS DÍAZ, *La última filosofía española: una crisis críticamente expuesta* (Madrid 1992).

GABRIEL AMENGUAL, *Modernidad y crisis del sujeto* (Madrid 1998).

JUAN LUIS RUIZ DE LA PEÑA, *Las nuevas antropologías. Un reto de para la teología.* Sal Terrae, 1983.

ZYGMUNT BAUMAN, *La posmodernidad y sus descontentos* (Madrid 2001)

⁹ J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *Las nuevas antropologías* (Santander 1983) 231.

¹⁰ *Ibidem.*, 206.

Para leer en casa...

<p>“¿Qué es el hombre? Muchas son las opiniones que el hombre se ha dado y se da sobre sí mismo. Diversas e incluso contradictorias. Exaltándose a sí mismo como regla absoluta o hundiéndose hasta la desesperación” (<i>Gaudium et Spes</i>, 12)</p>	<p>“Espere treinta años y entonces mire usted a la Tierra. Verá maravillas sobre maravillas añadidas a aquéllas cuyo nacimiento puede usted testificar, y presenciara el formidable resultado: ¡el hombre alcanzando al fin su completa estatura! Y todavía creciendo, creciendo visiblemente mientras usted observa...” (MARK TWAIN, 1889)</p>	<p>“A todos aquellos que quieren hablar aún del hombre, de su reino o de su liberación..., no se puede oponer otra cosa que una sonrisa filosófica... El hombre es una invención cuya fecha reciente muestra con toda facilidad la arqueología de nuestro pensamiento. Y quizá también su próximo fin” (MICHEL FOUCAULT, 1966).</p>
--	---	---

M. FOUCAULT, *Las palabras y las cosas* (Madrid 1988) 373–374.

“En nuestros días –y Nietzsche señala aquí también un punto de inflexión–, lo que se afirma no es tanto la usencia o la muerte de Dios, sino el fin del hombre (este desplazamiento mínimo imperceptible, este retroceso hacia la forma de la identidad que hacen que la finitud del hombre se haya convertido en su fin); se descubre entonces que la muerte de Dios y el último hombre han partido unidos: ¿acaso no es el último hombre el que anuncia que ha matado a Dios, colocando así su lenguaje, su pensamiento, su risa en el espacio del Dios ya muerto, pero dándose también como aquel que ha matado a Dios y cuya existencia implica la libertad y la decisión de este asesinato? Así, el último hombre es a la vez más viejo y más joven que la muerte de Dios; dado que ha matado a Dios, es él mismo quien debe responder a su propia finitud; pero dado que habla, piensa y existe en la muerte de Dios, su asesino está avocado él mismo a morir; dioses nuevos, los mismos, hinchán ya el Océano futuro; el hombre va a desaparecer. Mas que la muerte de Dios –o más bien, en el surco de esta muerte y de acuerdo con una profunda correlación con ella–, lo que anuncia el pensamiento de Nietzsche es el fin de su asesino; es el estallido del rostro del hombre en la risa y el retorno de las máscaras; es la dispersión de la profunda corriente del tiempo por la que se sentía llevado y cuya presión presuponía en el ser mismo de las cosas; es la identidad del Retorno de lo Mismo y la dispersión absoluta del hombre. Durante el siglo XIX, el fin de la filosofía y de la promesa de una próxima cultura no fueron sin duda sino una sola y única cosa con el pensamiento de la finitud y la aparición del hombre en el saber; en nuestros días, el hecho de que la filosofía esté siempre todavía en vías de terminar y el hecho de que en ella, pero más aún fuera de ella y contra ella, tanto en la literatura como en la reflexión formal, se plantee la cuestión del lenguaje, prueban sin duda que el hombre está en vías de desaparecer”.